
Lo que una parada cardíaca tarda en correr cien metros, cuánto pesa una vida de araña, por qué mi tristón escribe al río cruel, y las mañas de mago que se da el camarada jefe de lo inacabado

El abuelo Slavko me medía la cabeza con la cuerda de tender de la abuela, me estaba haciendo un sombrero de mago, un sombrero picudo de cartulina, y me dijo: en realidad, yo todavía soy demasiado joven para estas tonterías y tú, demasiado viejo.

Me estaba haciendo un sombrero de mago con estrellas amarillas y azules que arrastraban colas en azul y amarillo, mientras yo tijereteaba una hoz de luna y dos cohetes triangulares, uno tripulado por Gagarin, otro por el abuelo Slavko.

Abuelo, ¡con ese sombrero no iré a ninguna parte!
¡Eso espero!

En la mañana del día en cuya noche murió, el abuelo Slavko me talló una varita mágica a partir de una rama y dijo: en el sombrero y en la varita se esconde un poder mágico; si llevas el sombrero y agitas la varita, serás el mago de atributos más poderoso de los países no alineados. Podrás revolucionar muchas cosas, siempre y cuando lo hagas conforme a las ideas de Tito y en consonancia con los estatutos de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

Yo dudaba de la magia, pero no dudaba de mi abuelo. El don más precioso es el de la invención; la mayor riqueza, la de la fantasía. Recuérdalo, Aleksandar, dijo el abuelo seriamente cuando me puso el sombrero, recuérdalo siempre e imagínate este mundo más bello. Y me entregó la varita. Yo ya no dudaba de nada.

Acostumbra la gente a ponerse triste de vez en cuando a causa de los muertos. En nuestra familia esto su-

cede cuando se juntan el domingo, la lluvia, el café y la abuela Katarina. Entonces la abuela bebe a sorbitos de su taza favorita, la blanca con el asa agrietada, llora y recuerda a todos los muertos y las buenas cosas que hicieron antes de que la muerte se cruzara en su camino. Hoy la familia y los amigos han venido a casa de la abuela porque estamos recordando al abuelo Slavko, muerto desde hace dos días con carácter provisional y hasta que yo encuentre mi varita mágica y mi sombrero.

Los familiares que aún no han muerto son mamá, papá y los hermanos de éste: el tío Bora y el tío Miki. La abuela Fatima, madre de mi madre, se conserva bien, sólo se le han muerto el oído y la lengua, porque está sorda como un cañón y muda como la nieve que cae. Al menos eso dicen. La que tampoco ha muerto es la tía Gordana, esposa del tío Bora y mujer en estado de buena esperanza. A la tía Gordana, una isla rubia en el negro océano capilar de nuestra familia, todos la llaman Tifón, porque vive con una vivacidad cuatro veces mayor que las personas normales, anda ocho veces más rápido y habla catorce veces más aceleradamente. Incluso la distancia entre la taza del váter y el lavabo la cubre con un esprint, y en la caja del almacén hace la cuenta antes de que la cajera toque la primera tecla.

Todos han venido a casa de la abuela por la muerte del abuelo Slavko y hablan de la vida que brota en el vientre de la tía Tifón. Nadie duda que la tía dará a luz el domingo, a más tardar, o el lunes, como mucho, meses antes de lo previsto, pero que la criatura estará perfecta como en el noveno. Propongo que su nombre sea Speedy González. La tía Tifón sacude su rubia cabellera: ¿acasosomosmejicanos? ¡Serániñaynorratón! SellamaráEma.

Y Slavko si es niño, apostilla el tío Bora en voz baja.

Grande y omnipresente es hoy el amor por el abuelo Slavko entre quienes visten de luto y beben café en casa de la abuela Katarina, mirando disimuladamente hacia el

sofá donde estaba sentado el abuelo cuando Carl Lewis batió el récord mundial en Tokio. El abuelo murió en 9,86 segundos, su corazón disputó una carrera codo a codo con el atleta y se quedó parado mientras Carl volaba como una flecha. El abuelo jadeaba y Carl echó los brazos al aire y se cubrió los hombros con una bandera norteamericana.

Los invitados a la triste ceremonia han traído bombones y terrones de azúcar, coñac y aguardiente. Compensan el dolor de la abuela con cosas dulces y beben para ahogar el suyo propio. La tristeza de los hombres huele a colonia, forma corros en la cocina y se emborracha. La tristeza de las mujeres está sentada con la abuela alrededor de la mesa del salón, propone nombres para la nueva vida en el vientre de la tía Tifón y debate sobre cuál es la postura más sana para dormir en los primeros meses. Cuando se menciona al abuelo, las mujeres parten pastel y se ofrecen trozos unas a otras. Ponen azúcar en el café y lo remueven con cucharitas que parecen cubiertos de juguete.

Las mujeres siempre alaban los pasteles.

Quienes no han venido son la bisabuela Mileva y el bisabuelo Nikola, de Veletovo, porque les llega su hijo para ser enterrado en el pueblo que lo vio nacer. No entiendo lo que una cosa tiene que ver con la otra. Uno debería poder estar muerto allí donde ha vivido mucho y gustosamente. Mi padre, debajo de nuestro sótano, al que llama «el estudio» y del que apenas sale, entre sus lienzos y sus pinceles; la abuela, da igual dónde con tal que estén las vecinas y haya café y bombones; la bisabuela y el bisabuelo, debajo de su huerto de ciruelos en Veletovo. ¿Y mi madre? ¿Dónde ha vivido mucho y gustosamente?

El abuelo, en las mejores historias o debajo de la oficina del Partido.

Aguantaré quizás dos días más sin él, para entonces ya habrán aparecido mis utensilios de magia.

Me hace ilusión volver a ver al bisabuelo y a la bisabuela. Nunca han olido a dulce —por lo menos desde

que me fijo en esos detalles— y tienen una media de ciento cincuenta años. A pesar de su edad son los que menos muertos y más vivos están de todos los miembros de la familia, salvo la tía Tifón, pero ella no cuenta porque está catalogada como catástrofe natural y tiene una hélice en el culo. Eso lo dice a veces el tío Bora para, a renglón seguido, besarle la espalda a su catástrofe natural.

El tío Bora suma en peso la edad de mis bisabuelos.

La que tampoco ha muerto es la abuela Katarina, aunque la tarde en que el gran corazón del abuelo contra-jo la enfermedad más rápida del mundo ella se deshacía en súplicas: sola, ¡qué voy a hacer sola! ¡Sola no quiero, Slavko, mi Slavko, ay de mí!

Más que la muerte del abuelo me asustó esa gran tristeza de mi abuela, una tristeza que se arrastraba de rodillas y exclamaba: ¡sola!, ¡cómo voy a vivir sola! Junto a los pies muertos del abuelo, la abuela se daba golpes en el pecho e imploraba el fin de sus días. Yo respiraba aceleradamente y con esfuerzo. La abuela estaba tan débil que me parecía que su cuerpo se enmollecía transformándose en un bulto flácido y ovillado. En la televisión una mujer alta saltaba a la arena y se alegraba del salto. Junto a los pies del abuelo, la abuela llamaba a gritos a los vecinos, éstos le abrieron la camisa al abuelo, que tenía las gafas caídas y la boca desencajada... Yo, como siempre que estaba perplejo, recordaba cositas, más estrellas para mi sombrero de mago. A pesar del miedo que sentía y del poco tiempo que había transcurrido desde su muerte, vi que el perro de porcelana sobre el televisor se había caído y que los platos con las espinas del pescado de la cena seguían sobre el tapete de ganchillo, en la mesa. Oí cada palabra de los vecinos que pululaban por la estancia y lo entendí todo pese al llanto y los gemidos de la abuela. Ella tiraba de las piernas del abuelo, cuyo cuerpo se deslizaba del sofá al suelo. Me escondí en el rincón detrás del televisor. Pero ni detrás de mil televisores hubiera podi-

do esconderme ante la cara demudada de la abuela, ante el abuelo retorcido que se caía del sofá, ante el pensamiento de que mis abuelos nunca habían estado más feos que en ese instante.

Me hubiera gustado ponerle la mano en su espalda temblorosa (su blusa estaría empapada en sudor) y decirle: ¡abuela, no! ¡Todo se pondrá bien! El abuelo es miembro del Partido, y el Partido está en consonancia con los estatutos de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, pero en este momento no encuentro la varita mágica. Verás como todo se pondrá bien, abuela.

Sin embargo, su triste locura me hizo enmudecer. Cuanto más se retorcía y gritaba ¡dejadme!, ¡dejadme!, más me desalentaba yo en mi escondite. Cuantos más vecinos se apartaban del abuelo para atender a la abuela y consolar su alma inconsolable como si quisieran venderle algo que no necesitaba en absoluto, con tanto mayor pánico ella se resistía. Cuantas más lágrimas cubrían sus mejillas, su boca, su lamento, su barbilla, cual capa de aceite en el fondo de la sartén, tantos más detalles del salón recortaba yo: la biblioteca con Marx, Lenin, Kardelj, *El capital* abajo a la izquierda, el olor a pescado, las ramas sobre el papel pintado, cuatro tapices de la pared (niños jugando en la calle de un pueblo, flores coloreadas en un florero, un barco en el mar embravecido, una casita en las lindes del bosque), una foto de Tito y Gandhi dándose la mano entre el barco y la casita, la frase: ¿cómo vamos a hacer para que lo suelte?

Llegaban cada vez más personas que se estorbaban unas a otras, llegaban como si tuvieran que recuperar algo o no perderse nada y demostrar la máxima vida posible en presencia de la muerte. La muerte apresurada del abuelo molestaba a los vecinos o los hacía mirar al suelo con sensación de culpa. Nadie había podido seguir el corazón del abuelo, tampoco la abuela, ay de mí, por qué, Slavko, por qué, por qué. Amela, la del segundo, se dobló de rodillas y alguien gritó: ¡corazón de Jesús!, otro maldijo en el acto

a la madre de Jesús y a unos cuantos familiares de la misma. La abuela tiraba de las perneras del abuelo, pegaba golpes a los enfermeros que aparecieron en el salón con sus botiquines y les gritaba: ¡fuera esas manos! Los enfermeros llevaban camisas de leñador bajo sus blancas batas y apartaron a la abuela de las piernas del abuelo como si desprendieran una concha de una piedra. Para la abuela el abuelo no estaría muerto hasta que ella lo soltara. Y no lo soltaba. Los de la bata blanca auscultaron el pecho del abuelo, uno le acercó un espejo a la cara y dijo: nada.

El abuelo sigue presente, grité, su muerte no está en consonancia con los objetivos de la Liga de los Comunistas. ¡Quitaos y dadme mi varita mágica para que os lo demuestre!

Nadie me hizo caso. Los enfermeros leñadores realizaban movimientos de bombeo sobre la camisa del abuelo y le apuntaban al ojo con una linterna. Tiré del cable de la corriente y el televisor se quedó mudo. En el rincón, junto al enchufe, colgaban hilos sueltos de telaraña. ¿Cuánto menos pesa la muerte de una araña que la de un ser humano? ¿A qué pierna muerta de su señor esposo se agarra la mujer araña? Me prometí no volver a encerrar nunca más una araña en una botella vacía y llenarla lentamente de agua.

¿Dónde estaba mi varita mágica?

No sé cuánto tiempo había permanecido en el rincón cuando mi padre me cogió por el brazo como si me tomara preso. Me entregó a mi madre, que me sacó al patio arrastrándome por las escaleras. El aire olía a ciruela macedada y en el monte Megdan ardían hogueras. Desde el Megdan se ve casi la ciudad entera, quizás también aquel patio ante la casa grande de cinco pisos —un edificio alto para Visegrado— donde una mujer joven de largo pelo moreno y ojos de color castaño se inclinaba sobre un chico con pelo del mismo color y los mismos ojos almendrados. La mujer le soplabla a la frente para apartarle los mechones

y los ojos se le llenaban de lágrimas. Lo que le dijo al chico con voz de susurro no podía oírse en el Megdan. Quizás tampoco podía apreciarse que el chico, después de que la mujer lo abrazara larga, largamente, asintió con la cabeza. Como uno asiente cuando hace una promesa.

En la tarde del tercer día de la muerte del abuelo Slavko me encuentro sentado en la cocina hojeando álbumes de fotos. Saco todas las fotos del abuelo Slavko, sin saber todavía lo que voy a hacer con ellas. En el patio, nuestro cerezo se enfrenta al viento. Una tempestad. Cuando le haya devuelto al abuelo Slavko el atributo de la vida, mi siguiente jugada será dotarnos a todos nosotros de la capacidad de atrapar los sonidos. Seremos capaces de archivar en un álbum acústico el viento enzarzado en el follaje del cerezo y el gruñir del trueno y el ladrar nocturno de los perros en verano. Y en ésta parto leña para la chimenea... Así podremos mostrar con orgullo nuestra vida acústica como solemos hacer con las fotos de las vacaciones en el Adriático. Los sonidos pequeños podrán llevarse en un puño. A mi madre le pondré su risa de los días buenos sobre las preocupaciones grabadas en su cara.

Las fotos color sepia con su ancho margen blanco huelen como los manteles de plástico y muestran a personas con pantalones cómicos que se ensanchan hacia abajo. Ante las fachadas de un Visegrado inacabado se ve a un hombre de baja estatura mirando al frente; lleva un uniforme de guardavía y está tieso como un soldado. Es el abuelo Rafik.

El abuelo Rafik, padre de mi madre, hace tiempo que está muerto definitivamente. Se ahogó en el Drina. Yo apenas lo conocí, pero recuerdo un juego que hacía con él, un juego sencillo. Él señalaba una cosa y yo decía el nombre, el color y lo primero que se me ocurría. Apuntaba a su navaja y yo decía: navaja, gris y locomotora.

Apuntaba a un gorrión y yo decía: pájaro, gris y locomotora. Apuntaba a la noche detrás de la ventana y yo decía: sueños, gris y locomotora, y el abuelo me tapaba y decía: duerme férreamente.

La época de mi período gris fue la época de mis visitas al oculista, quien no detectó nada salvo que memorizaba demasiado rápido las cosas, como por ejemplo el orden de las letras grandes y pequeñas en su cartel. Señora Krsmanović, debe corregirle ese hábito como sea, dijo el médico, y le recetó a mi madre unas gotas para sus ojos perpetuamente inyectados en sangre.

Yo tenía entonces mucho miedo a las locomotoras y los trenes. El abuelo Rafik me había llevado a la vía de ferrocarril abandonada, había rascado la pintura negra que se despegaba de la vieja máquina y había susurrado: me habéis roto el corazón, mientras restregaba la pintura entre ambas manos. Camino de casa (adoquinado, gris, locomotora, mi mano en la suya ennegrecida de afiladas astillas de pintura), decidí ser bueno con los trenes porque temía por mi corazón, aunque hacía tiempo que los trenes habían dejado de pasar por nuestra ciudad. Varios años después, mi primer amor no correspondido, Danijela de los muy largos cabellos, me hizo ver lo pánfilo que había sido durante todo ese tiempo al proteger mi corazón del peligro de rotura por el impacto de un tren, cuando fue ella quien me reveló el verdadero significado de un corazón roto.

Los jirones de pintura despegada y el juego gris son mis únicos recuerdos del abuelo Rafik, a no ser que las viejas fotos cuenten como tales. La verdad es que en nuestra casa el abuelo Rafik escasea. Mientras toman café, los de mi familia hablan muchas veces y con mucho gusto de sí mismos y de otras familias, de sus muertos y de los muertos de los demás, y rara vez recuerdan al abuelo Rafik. Nunca nadie mira el poso del café para suspirar: ¡ay, Rafik, mi Rafik, ojalá pudieras vivir esto! Nunca nadie hace conjeturas sobre lo que el abuelo Rafik diría acerca de un tema, su nombre no

se pronuncia, ni para expresar gratitud ni para manifestar reproches.

Menos vivo que el abuelo Rafik no puede estar ningún muerto.

Bastante soledad tienen ya los muertos en su tierra, ¿por qué se consiente que la soledad se apodere incluso de la memoria del abuelo Rafik?

Mi madre entra en la cocina y abre la nevera. Va a prepararse unos bocadillos para el trabajo y pone la mantequilla y el queso sobre la mesa. Miro su cara y la escruto en busca del rostro que el abuelo Rafik tiene en la foto.

Mamá, ¿tú te pareces al abuelo Rafik?, pregunto en el momento en que se sienta a la mesa y saca el pan. Se pone a cortar los tomates. Espero. Luego repito la pregunta y sólo entonces mi madre se detiene, con el filo del cuchillo en el tomate. ¿Qué tipo de abuelo era el abuelo Rafik?, sigo preguntando, ¿por qué nadie habla de él? ¿Cómo voy a saber alguna vez qué clase de abuelo tuve?

Mi madre deja el cuchillo y pone las manos en el regazo. Levanta los ojos. Me mira.

No tuviste un abuelo, Aleksandar, tuviste un trisón. Que lloraba a su río y a su tierra. Que se arrodillaba y rascaba esa tierra suya hasta romperse las uñas y hacerse sangre. Que acariciaba la hierba, la olfateaba y vertía lágrimas sobre los prados como la criatura más pequeña: tierra mía, ¡cuán pisoteada estás!, ¡cuán expuesta a todas las cargas! No tuviste un abuelo, Aleksandar, tuviste un tontorrón. Que bebía y bebía. Que comía tierra y se atragantaba con la tierra, que andaba a cuatro patas hasta la orilla para enjuagarse la boca con el agua del río. ¡Cuánto amaba tu trisón a su río! Y a su coñac... Tu tontorrón sólo podía amar lo que veía subyugado y humillado. Sólo podía amar cuando bebía y bebía.

Drina, ¡qué río más abandonado, qué olvidada belleza!, aullaba cuando salía tambaleante de un bar, unas

veces con las gafas torcidas, otras con el pantalón completamente orinado, ¡qué peste! ¡Qué manía más alocada es la edad!, lloraba cuando tropezaba y se caía o cuando quería agarrarse al río para no echar a volar. Cuántas veces lo encontramos por la noche tumbado de bruces bajo el primer arco del puente, con los dedos aferrados al agua, las manos hinchadas y lívidas formando puños medio cerrados. Lo que sostenía en el agua eran flores, piedras o una botella de coñac. Y así durante años, desde que quitaron el ferrocarril y no pasaba ya por la ciudad ningún tren al que tu tristón pudiera colocar las agujas, poner las señales o cerrar las barreras. Perdió su trabajo sin perder palabra, no había nada que hacer, no había nada que decir. Lo mandaron a la jubilación y él se la gastó bebiendo día a día, primero a escondidas, arriba en la estación que había dejado de serlo pero donde aún estaba la vieja locomotora. Más tarde, junto al río y en plena ciudad, lleno de un amor necio e inopinado por el agua y sus orillas.

No tuviste un abuelo, Aleksandar, tuviste un amargado. Que bebía y bebía hasta que enloqueció. ¡Ojalá hubiera adorado el ajedrez o al Partido o a nosotros como adoraba a sus trenes y después a su río y sobre todo a su brandy! ¡Ojalá nos hubiera hecho caso a nosotros y no al profundo e insondable Drina!

Al atardecer de la noche en que murió, tu atormentado grabó letras en la orilla. Había bebido tres litros de vino y utilizó un gollete roto como lápiz para escribirle una larga carta al río. Lo sacamos del fango por los pies, gemía y gritaba al río: ¿cómo voy a salvarte? ¿Cómo puedo salvar yo solo tanta grandeza?

¡Que algo tan triste pueda apestar tanto! Nos llamaron cuando sus gritos y sus cantos se fueron haciendo insoportables. Papá lo llevó en brazos a casa, lo metió con la ropa puesta en la bañera, donde tu borrachón vomitó con furia dos veces, maldiciendo a todos los pescadores: que vuestras armas se vuelvan contra vuestras bocas por

escarbar en el estómago del río con anzuelos, por desgarrarles los labios a los peces, ¡ay qué dolor tan mudo! ¡Que os desuellen con cuchillos romos, criminales que sois, que os engullan las profundidades, gasolina de mierda, barcas, presas, turbinas, dragas todas! ¡Un río es agua y vida y fuerza, y nada más!

Era ya medianoche cuando le lavé el pelo y el cuello de tortuga, las orejas y los sobacos. Me besó las manos y dijo que sabía perfectamente quién era yo, que a pesar de las lágrimas reconocía los nudillos que acariciaba y que lo recordaba todo: qué joya era el amor y qué mierda el destino.

Soy tu hija, le dije tres veces, y me hizo tres promesas en esa su última noche: que se pondría ropa limpia, que renunciaría al alcohol, que viviría. Sólo cumplió una. Encontraron su gorro de guardavía bajo el primer arco del puente, también encontraron la botella de coñac, pero a él no lo encontraron. Escarbamos en las aguas ribereñas con biellos. ¿Por qué había vuelto a salir? ¿Qué más había que amar en esa noche de mayo? Los garitos ya estaban cerrados cuando lo arrojé después de bañarlo y escuchar sus promesas. Quiso el azar que lo hallara justamente un pescador, río abajo, en el cañaveral. Con la cara en el agua y los pies en la orilla... Su amado Drina le había dado el beso de la muerte en unas nupcias en que tu tristón sólo cumplió una de sus promesas: se había ataviado con su uniforme, el del escudo de los ferroviarios. Tantas noches había buscado la muerte sin la valentía de encontrarla, sin el coraje de mantener la cabeza bajo el agua el tiempo suficiente para que su Drina se convirtiera en su única y última lágrima.

Y cuando hubo que prepararlo para el funeral, doce horas después de que le hubiera lavado bajo tres promesas de vida, volví a ser yo quien cogió la esponja, la más dura que hallé, y le froté, cual una alfombra, el torso enjuto, la barriga pajiza y arrugada, las flácidas pantorrillas. No le to-

qué los dedos ni la cara: tu tristón los había hincado en su orilla, ¿y qué clase de hija habría sido yo si le hubiera sacado la tierra de debajo de las uñas? ¿A él, que había dicho que no quería ataúd cuando reventara? ¡Cuánto amaba tu tristón a su río cruel! ¡Cuánto amaba los sauces y los peces y el fango! No tuviste un abuelo, Aleksandar, tuviste un tontorrón. Pero eras demasiado pequeño para recordar sus tonterías. Deseabas que a todo le dijera grisgrisgris, te parecía divertido sin que se supiera por qué. Inventaba los nombres más pintorescos sólo para su río, sólo a su Drina lo miraba escrupulosamente, sólo podía reírse cuando contemplaba su cara reflejada en el agua. No tuviste un abuelo, Aleksandar, tuviste un tristón.

Me quedo mirando a mi madre con mil preguntas en los labios. Me ha cantado la canción del tristón como si hubiera estado ensayándola desde el día mismo en que se ahogó. La ha cantado como si él no le perteneciera, y sin embargo la ha cantado con una rabia tan tierna, que temo que un simple asentimiento de mi cabeza pudiera arrebatárselo. Ella sacude la suya por unas cosas invisibles y pone las rebanadas de pan en fila sobre la mesa.

De las mil preguntas sólo le hago dos. ¿Qué escribió el abuelo en la orilla? Y ¿por qué no lo ayudasteis?

Mi madre es una mujer menuda. Se pasa la mano por el pelo con los dedos a modo de peine. Me sopla a la cara como si jugáramos. Desenvuelve la mantequilla. Desenvuelve el queso. Unta la mantequilla en el pan. Pone una loncha de queso sobre la mantequilla. Pone tomates sobre el queso. Sala los tomates con el índice y el pulgar. Coloca la rebanada sobre la palma de la mano. Coloca otra rebanada encima y aprieta. Aprieta fuerte.

El cerezo le saca el hígado a la tempestad, sus ramas azotan a diestro y siniestro. El primer golpeteo en el tejadillo del porche recuerda el ruido de las monedas en la

hucha, luego se va acelerando. Una granizada. Después de que mi madre haya salido de la cocina abro la ventana y pongo en la repisa una foto en la que estamos el abuelo Slavko y yo. El viento frío hace presa en mi rostro, cierro la ventana. En las otras fotos color sepia hay gente con bañadores a rayas verticales metida en el Drina, el agua les llega hasta los tobillos. Bañadores así ya no existen, la perra con sus cuatro cachorros seguramente tampoco. El abuelo Slavko, joven y con sombrero, acaricia los cachorros y está contento. ¿Cuál es su última foto? ¿Qué edad pueden alcanzar los perros, y conozco yo a alguno de los cachorros? En cierto momento deja de haber fotos nuevas de perros y personas porque su vida se ha terminado. Pero ¿cómo fotografiar un findevida? Cuando yo esté acabado, sacad fotos de cómo estoy dentro de la tierra, les diré a todos. Sacad fotos de cómo me crecen las uñas, de cómo me voy consumiendo y despellejando.

Toda culminación y toda muerte me parecen innecesarias, infelices e inmerecidas. Los veranos se vuelven otoños; las casas, ruinas; las personas en las fotos, fotos en las lápidas. Hay tantas cosas que no deberían acabarse: los domingos, para que no lleguen los lunes; las presas, para no apresar los ríos. Las mesas no deberían barnizarse, el olor me causa dolor de cabeza; las vacaciones no deberían convertirse en la vuelta a la escuela ni los dibujos animados, en noticias. Tampoco mi amor por Danijela de los muy largos cabellos debería haberse transformado en un amor no correspondido. Y nunca debería uno haber acabado de hacer sombreros mágicos con el abuelo, sino que tendría que haber hablado con él interminablemente sobre las ventajas de una vida de mago al servicio de la Liga de los Comunistas y sobre lo que puede suceder cuando se especia el pan con polvo de estrellas.

¡Soy contrario a que las cosas terminen y se estropeen! ¡Hay que detener lo acabado! ¡Soy el camarada jefe de la continuidad que no cesa y abogo por el etcétera!

En el último álbum encuentro una foto del puente sobre el Drina. El puente tiene el aspecto de siempre, sólo que sus once arcos están rodeados de andamios. Sobre los andamios hay personas que saludan con la mano, como si el puente fuera un barco a punto de zarpar río abajo. A pesar de los andamios el puente parece acabado. Está completo, los andamios no pueden menoscabar su belleza y su utilidad. No me importa el estado de inmensa perfección de nuestro puente. El Drina es rápido y torrentoso, ancho y lleno de peligros... ¡Un joven río!

Tu descenso veloz es como gritar en voz alta.

Pero hoy se arrastra con inercia, más lago que río, el agua ha perdido el aliento por culpa de la presa; el Drina lento, deshilachado en las orillas por la madera flotante y la basura. Desprendo cuidadosamente el puente del álbum. Su superficie es fresca y lisa, y así es hoy el río, antes bravo e indómito. Guardo la foto en el bolsillo del pantalón, se arrugará y se doblará por las esquinas.

Quiero crear cosas imperfectas. No soy un constructor de casas y en mates, salvo en cálculo mental, soy tan malo que da que pensar. No sé hacer ladrillos. Pero sé pintar. Esta facultad y mis grandes orejas y la exclamación: ¡ahora no! ¿No ves que estoy ocupado?, lo he aprendido de mi padre artista. ¡Seré artista de lo bueno inacabado! Pintaré ciruelas sin hueso, ríos sin presas y al camarada Tito en camiseta. Los artistas tienen que crear series bien meditadas, dice el artista doméstico que es mi padre, he aquí la fórmula del éxito que me ha revelado en su estudio. Allí, aparte de los lienzos y los colores, se almacenan barriles de chucrut, cajas con ropa vieja y la cama de niño que se me ha quedado pequeña. Mi padre pasa fines de semana enteros en su taller. Un pintor nunca debe conformarse con lo que ve. ¡Reproducir la realidad es rendirse ante ella!, grita cuando llamo a la puerta porque los balones o las ruedas de la bicicleta se empeñan en perder aire. ¡Los artistas tienen que renovar y remodelar, los artistas

son transformadores del mundo y creadores de universos!, opina mi padre con la boina puesta mientras infla la pelota. No me habla a mí, no espera respuesta. En el estudio suenan *chansons* francesas y, a horas avanzadas de la noche, Pink Floyd. Y la puerta permanece cerrada con llave.

Las series bien meditadas, he aquí la solución. Que otros piloten aviones y espulguen pelícanos en el zoo... ¡Yo seré un artista de series de lo inacabado, amante de pescar y de jugar al fútbol! No acabaré ningún cuadro, a todos les faltará algo importante.

Voy a buscar mis bártulos de pintar, el papel lo tomo prestado de mi padre. Lleno un tarro de mermelada con agua y pongo los pinceles a remojo. La hoja en blanco se extiende ante mí. El primer cuadro de lo inacabado tiene que ser el Drina, el río travieso, todavía sin la presa. Pongo azul y amarillo en la paleta de mezclas, trazo la primera raya verde sobre la hoja, el color resulta demasiado apagado, lo oscurezco con delicadeza, dibujo una curva, lo aclaro, está demasiado frío, le añado ocre, verde, verde... Pero ni en cien años atinaré con el verde del Drina.

Los muertos están más solos de lo que nunca podemos estar los vivos. No pueden oírse unos a otros a través del ataúd y la tierra. Y los vivos se acercan y plantan flores en las tumbas. Las raíces crecen tierra adentro y perforan el ataúd. En algún momento el ataúd está lleno de raíces y de pelo de muertos. Éstos entonces no pueden ni monologar. Cuando me muera quiero que me entierren en una fosa común. Allí no tendría miedo a la oscuridad y únicamente estaría solo porque mi nieto me echaría tanto de menos como yo ahora echo de menos a mi abuelo Slavko.

Soy un ser desabuelado y el caudal de las lágrimas va creciendo detrás de mi frente. Todo lo que es importante en el mundo lo encuentra uno en el diario de la mañana, en el Manifiesto Comunista o en las historias que

nos sacan las lágrimas o la risa o, en el mejor de los casos, ambas cosas a la vez. Así de sensato hablaba el abuelo Slavko. Cuando tenga su edad, tendré sus frases sabias, las venas grandes de los antebrazos de mi padre, las recetas de mi abuela y la mirada rara vez feliz de mi madre.

Por la mañana del cuarto día de la muerte del abuelo, me despierta papá y comprendo al instante que es el día del entierro. He soñado que ha muerto toda mi familia salvo yo, era una sensación como si me encontrara de repente muy lejos y no hallara el camino de vuelta.

Recoge tus cosas, nos vamos.

Mi padre sólo me despierta cuando ha ocurrido una catástrofe; de costumbre, la que me despierta es mamá, con un beso en el pelo. Papá no besa por principio. Besarse entre hombres es difícil. Se sienta en el borde de la cama, como si todavía quisiera decir algo. Me incorporo. Quedamos sentados de esa manera. Papá, te estoy mirando como se mira a alguien cuando se está escuchando, mira, no me levanto, está bien que ahora me cuentes todo lo que ya sé, que me expliques lo que ya he comprendido pero que sólo estará completo después de que el padre se lo haya contado y explicado al hijo. Pero no lo digo, y papá tampoco dice nada. Así hablamos el uno con el otro. Así hablamos a menudo. Él trabaja, se escabulle a su estudio después de la jornada y se queda allí toda la noche. Los fines de semana duerme largo y tendido. Cuando ve las noticias está prohibido hablar. No me quejo, con otros habla aún menos. Estoy contento y mi madre está feliz de poder encargarse sola de mi educación, en eso papá y yo no nos metemos.

En su ausencia de palabras mi padre parece hoy un ser sin músculos. Después de la muerte del abuelo se ha quedado con la abuela. Ella llamó ayer y preguntó cómo estaba el pequeño. Pensó que hablaba con mi madre. Me quedé callado. Ahora vamos a lavar a Slavko, dijo para despedirse. Me imaginé cómo lavaban y vestían al abuelo. No veía caras, sólo manos tirando de él. Las manos arro-

jaban la ropa de cama fuera de la habitación y ponían a hervir las sábanas porque es lo que se hace cuando hay un muerto tirado por ahí. De lavar a tu padre muerto se te revientan las venas de los ojos y se te encogen las manos y no puedes dejar de mirarlas. Mi silencioso padre está sentado en el borde de la cama, tiene los ojos inyectados en sangre y las manos puestas en las rodillas, con las palmas hacia arriba. Cuando tenga su edad, tendré sus arrugas. Las arrugas indican lo bien que se ha vivido. No sé si el tener más arrugas es señal de haber vivido mejor. Mamá dice que no, pero también he oído lo contrario.

Me levanto. Papá estira la sábana y sacude la almohada. ¿Tienes ropa negra?

Nadie: el abuelo.

Nadie: el abuelo está muerto.

Nadie: Aleksandar, tu abuelo ya no volverá.

Nadie: no hay vida que pueda ser tan rápida como una parada requetecardíaca.

Nadie: el abuelo sólo está dormido... Eso se lo perdonaría aún menos que el hecho de que ahora abra la ventana y saque la manta para que se airee.

Cojo una camisa negra de la percha. Entiendo que mi padre cuenta conmigo. Ha comprendido que la magia es nuestra última oportunidad. Podemos marcharnos enseguida, digo, sólo tengo que recoger algo en el piso del abuelo. Algo importante.

Yendo en el coche dice: el tío y la abuela ya han salido.

No menciona el entierro con una sola palabra y yo guardo silencio sobre mi condición de nieto mago más poderoso de los países no alineados. No te preocupes, tú acelera y yo recupero al abuelo para mí y al padre para ti. Me quedo callado porque de pronto me resulta muy difícil ser niño.

Respiro hondo. La cocina. Cebollas fritas, ni rastro del abuelo. El dormitorio. Arrimo la cara a las camisas.

El salón. Me siento en el sofá. Allí estaba sentado el abuelo. Nada. Me pongo en el rincón detrás del televisor. La telaraña sigue ahí. Miro por la ventana al patio. Nada. Nuestro Yugo, el motor está en marcha, mi padre se ha bajado. El sombrero mágico sobre el armario vitrina. Me encaramo a una silla, doblo el sombrero con cuidado y lo guardo en la mochila. ¡La mochila! Remuevo el interior... La varita mágica. Recuerdo que quería enseñársela a Edin, mi mejor amigo, y romperle a nuestro maestro de Historia, con fines demostrativos, algún objeto poco importante. Éste se salta casi todas las lecciones sobre los partisanos, aunque no hay luchas mejores que la lucha de liberación popular y los partidos del Estrella Roja de Belgrado, mi equipo favorito. Ganamos casi siempre, y cuando perdemos es de forma trágica. De momento, la muerte del abuelo ha salvado al maestro.

Voy de luto, como todos, pero ir de luto no puede ser todo lo que hay que hacer en un entierro, por tanto imito alternativamente al tío Bora y a mi padre. Si el tío Bora baja la cabeza, yo también bajo la cabeza. Si papá cruza un par de palabras con alguien, yo memorizo sus palabras y las repito con otra persona. Si el tío Bora se rasca su gran barriga, yo me rasco la mía. Hace calor, me abro la camisa porque mi padre se abre la suya. Ése es el nieto, susurra la gente.

La tía Tifón ha adelantado a los portadores del ataúd y hay que avisarla para que vuelva. Pregunta si puede ayudar. Irapasodetortuga acabaconmigo, dice.

La bisabuela y el bisabuelo caminan detrás del ataúd. El bisabuelo lleva suelto su largo cabello blanco. Me hubiera gustado hablarle de mis planes de mago porque él también se dedica a la magia, pero no encontré el momento oportuno. Una vez, en una fiesta en Veletovo, el abuelo Slavko contó que mucho tiempo atrás el bisabuelo había limpiado el establo más grande de Yugoslavia por-

que su propietario le había prometido, a modo de compensación, la mano de su hija, la que ahora es mi bisabuela. El abuelo no estaba seguro de cuándo sucedió. ¡Hace doscientos años!, grité yo, y el tío Miki apuntó con el dedo al centro de su frente: entonces aún no existía Yugoslavia, enano; eran las caballerizas reales de después de la Primera Guerra Mundial las que limpió. La variante de Miki me gustaba, pues convertía a la bisabuela en princesa. El abuelo contaba que el bisabuelo no sólo limpió el enorme establo, sino que en la misma noche ayudó a parir a dos vacas, ganó una cantidad inmensa jugando al rummy con los mejores jugadores de la ciudad y arregló una bombilla en casa de su suegro: la tarea más difícil, según me pareció, teniendo en cuenta que en el mundo no puede haber cosa más estropeada que una bombilla estropeada. Sin magia, aquello no hubiera podido lograrse. La bisabuela princesa no hizo ningún comentario al respecto, pero sonrió equívocamente. Tendrías que haber visto sus brazos, dijo, nunca el color de unos ojos hizo tan buen juego con unos brazos como en mi Nikola de los ojos azules.

Estoy ante el hoyo y sé que es posible. Al fin y al cabo, fue por magia como conseguí que Carl Lewis batiera el récord mundial. No todos los americanos son capitalistas, por lo menos el camarada Lewis no lo es, mi varita y mi sombrero realizan su magia siguiendo únicamente los intereses del Partido. Estoy ante el hoyo al que enseguida van a meter al abuelo, antiguo presidente del comité local de Visegrado, y sé que puede funcionar.

El bisabuelo baja al hoyo y arranca piedras y raíces de las paredes de tierra. ¡Cómo está esto!, dice. ¡Hijo mío, hijo mío!

Cuesta imaginarse al abuelo Slavko como hijo. Los hijos tienen sesenta años, como mucho. Y sesenta años aproximadamente tienen casi todos los que han venido a despedirse del abuelo. Las mujeres, el pelo cubierto por negros pañuelos, llevan perfume porque quieren corregir

el olor a muerte. Aquí la muerte huele a césped recién cortado. Los hombres sisean entre ellos, llevan pequeñas insignias multicolores en el bolsillo de la solapa de sus negras chaquetas y cruzan las manos a la espalda. Yo también cruzo las manos.

Papá ayuda al bisabuelo a salir del hoyo y se pone detrás de mí. Sus manos descansan pesadas sobre mis hombros. Comienzan los discursos, siguen los discursos, no terminan los discursos, pero no quiero interrumpir a nadie con mi ritual de magia, sería una falta de cortesía. Estoy sudando. El sol abrasa, las cigarras cantan. El tío Bora se pasa un pañuelo azul celeste por la cara para limpiarse el sudor. Yo me paso la manga por la frente. El tío Miki se sienta sobre la hierba. Él y algunas ancianas son los únicos que están sentados, de manera que me quedo de pie. Una vez, en secreto, observé un entierro donde los discursos no fueron largos y aburridos sino cortos e incomprensibles. Un hombre barbudo con ropa de mujer cantaba y agitaba una bola dorada colgada de una cadena. De la bola salía humo y la muerte olía a té verde. Más tarde supe que el hombre era un pope. Entre los nuestros no hay popes, entre los nuestros hablan sexagenarios que exhiben condecoraciones en el pecho. Nadie resulta gracioso. Todo son elogios para el abuelo, a menudo los oradores se repiten, como si se lo hubieran copiado unos a otros. Parecen mujeres alabando pasteles. Dado que el muerto, una vez bajo tierra, ya no puede oír nada, lo último que oye aquí arriba ha de sentarle bien. Pero con lo correcto que era mi abuelo enseguida rectificaría las alabanzas. No, camarada Poljo, diría él, no he reformado nuestro país cada día, no hice nada el viernes pasado para bajar la tasa de inflación y el sábado dormí largo y tendido y no propulsé el cumplimiento del plan de los distintos colectivos de la región. Los domingos salgo de paseo con mi nieto, el mago. Cada vez tomamos un camino diferente e inventamos nuevas historias, eso es lo magnífico en nuestro Visegrado, que nunca se nos acaban los caminos ni las

historias: pequeñas, grandes, divertidas, tristes son esas historias nuestras. ¿Y dónde se ha visto que el nieto se sepa más historias que el abuelo? Cuando era así de pequeño (y el abuelo levantaría el pulgar, el índice y el medio) pensó cómo podría continuar la biografía de Mary Poppins. La camarada Poppins está harta de la tonta de su reina, se cambia de nombre y se llama ahora Marica; se traslada a Yugoslavia y se instala en nuestro bloque, donde se casa con el señor profesor de música Petar Popović, el del cuarto. Éste ya está casado y tiene manía a los paraguas, pero toca el piano tan estupendamente que Marica no puede resistirse. Lo hechiza con su canto y sus botas ceñidas. Con el paraguas Marica vuela sobre la ciudad y ya no quiere saber nada de cuidar a criaturas, consigue trabajo en la sección de montaje final de la Partisan y esta fábrica de herramientas comienza a duplicar la producción mensual estipulada en el plan. Pero estoy divagando, diría el abuelo chasqueando los dedos, en realidad quería rectificar otra cosa: no siempre tengo un buen consejo para todos. Por ejemplo, para la gente joven: verdaderamente no sé qué aconsejarles, quizás que se fíen menos de nosotros y escuchen más a Johann Sebastian. Y cuando nuestros vecinos del segundo dejan la basura al lado del contenedor estoy muy lejos de actuar con cortesía, camarada Poljo. ¡Soy un vecino bastante tostón! Doy voces en la escalera, ¡como lo vuelvan a hacer vacío la basura en la puerta de su piso, se lo juro! Tampoco es cierto que lleve carbón a los sótanos de no sé qué viudas ancianas, diría el abuelo con ademán despectivo, las viudas ancianas no me gustan especialmente. Pero en una cosa tienes razón, diría el abuelo cogiendo la mano de la abuela y acariciándole el dorso con el pulgar. Ayudo a mi Katarina con los platos, paso la aspiradora y me encanta cocinar. ¡Katarina nunca tuvo que mover las piernas todo el día mientras yo pude mover las mías! ¿Por qué los hombres no habrían de cocinar? Lo que más me gusta es prepararles un siluro a mi nieto y a mi orgullosa camarada. Con limón, ajo y patatas al

perejil. Y hay una cosa que está por encima de cualquier duda, camarada Poljo: Aleksandar es el mejor pescador de caña que existe de aquí al Danubio, es el sol de su abuelo, claro que sí.

No sé cuánto tiempo permanecí ante el ataúd del abuelo, sumido en mis pensamientos. No sé en qué momento me libré de las pesadas manos de mi padre y empecé a correr alrededor del hoyo, del que salía un olor a lluvia dominical. ¿En qué momento me puse el sombrero con las estrellas amarillas y azules que giraban alrededor de la hoz de la luna (aunque el día en cuya tarde murió por una fuerza superior a la magia, el abuelo me había explicado que las estrellas no giraban alrededor de las lunas, sino las lunas alrededor de las estrellas)? ¿Cuánto tiempo estuve señalando con la varita la estrella de cinco puntas que había en la cabecera del ataúd? ¿Cuántos golpes pegué a todos lados cuando intentaron quitarme de ahí? ¿Cuánto maldije, cuánto lloré? ¿Y perdonaré jamás a Carl Lewis por haber agotado toda mi fuerza mágica en su récord sin dejar nada para el abuelo? ¿Todo para los 9,86 segundos del 25 de agosto de 1991, la tarde de la tarde en que no se podía oír desde el Megdan cómo una madre le susurraba a su hijo: tuviste un abuelo que nos amaba y que no volverá nunca más? Pero su amor por nosotros es infinito, su amor no desaparecerá jamás. Aleksandar, tendrás a partir de ahora un abuelo infinito.

Teníamos una promesa hecha de historias, mamá, asintió categórico el hijo, y cerró los ojos como si, huérfano de varita y sombrero, fuera a obrar por arte de magia una promesa muy simple: no dejar nunca de contar historias.